

Crítica / Teatro

## El amor que dura más que la guerra

El Niemeyer se llena de «bravos» al acabar la representación avilesina de «En mitad de tanto fuego»



SAÚL FERNÁNDEZ

**«En mitad de tanto fuego»**  
Tragedia escrita por Albereto Conejero, dirigida por Xavier Albertí y protagonizada por Rubén de Eguía.  
*Sala Club del Niemeyer, 4 de mayo de 2024*

Alberto Conejero, el autor de «En mitad de tanto fuego», antes lo había sido, por ejemplo, de «La

pedra oscura», aquel drama con Lorca entre las sombras y la muerte como manto bautismal. Xavier Albertí, que dirige la función que programaron antes de anoche en el Niemeyer, es el mismo de, no se olviden, de «Don Ramón María del Valle-Inclán», el espectáculo que se vio en el Palacio Valdés no hace mucho y que, precisamente, no hace mucho le



Rubén de Eguía, como Patrolo, el sábado, en el Niemeyer. | Mara Villamuza

ha dado el «Tafía» al mejor actor a Pedro Casablanc. O sea, un doble para triunfar. El triple lo marcó Rubén de Eguía.

Rubén de Eguía, que lleva tiempo profesional a sus espaldas —estuvo en «Cuéntame», según veo— va a ser a partir de ahora aquel que hizo de un Patrolo inmortal en la versión que de «La Iliada» compuso Conejero el pa-

sado año: un monólogo de amor eterno, una tragedia de destrucción, una delicia para dejarse conmover como nunca. Conejero escribe como las olas se rompen en la orilla: con ritmo cadencioso y poca sorpresa, pero aún así, consigue emborronar la mente de quien le contempla y hacer que suene como nuevo eso que se ve sobre las tablas como fábula, pero no es

trampa: es sabiduría, es talento. Patrolo es el compañero de armas y cama de Aquiles, que es el hijo de Tetis; es el rendido a la grandeza de la compañía que no merece. Y siendo todo esto, ahí está, amando al más importante héroe de todos los tiempos. Y esto se hace notar en la voz y en los (pocos) movimientos con que opera un gigante de la interpretación. Si Conejero cuenta es porque De Eguía es capaz de moldear el barro que el dramaturgo ha puesto a cocer. Los dos, bajo el imperio de un director que no se da importancia, pero que consigue hacer real la arena de la historia, el rapto de Helena, los años perdidos en la orilla del mar, la historia de la muerte en la historia de fantasmas que en realidad es el tiempo compartido cuando ha dejado de serlo.

Hubo «bravos» al final de la función. Muchos bravos. No siempre sale del teatro con todos los objetivos conquistados: Conejero es prueba insuperable, pero sobre todo Rubén de Eguía. Hacía tiempo que uno no consigue en el teatro con la felicidad de haber descubierto qué poco duran los amores buenos.